

Del relato imposible al relato sin fin



CARLOS LISCANO¹

A la memoria de María Carme Gabarró

Cuenta Sam Gerson en *Legado intergeneracional del genocidio* que cuando su hija le preguntó con qué frecuencia pensaba en el Holocausto, él le respondió «Todos los días», aunque en realidad pensó en decirle «Todo el tiempo». Leí y puse en duda esa afirmación. ¿Se puede vivir todo el tiempo pensando en el Holocausto? Sin que esto signifique una comparación con esa experiencia, me pregunté con qué frecuencia pienso en la tortura. Mi respuesta: nunca. Después de un ratón sentí que ese «nunca» es una paradoja, porque yo no sería yo si no hubiera sido torturado. Entonces, la pregunta que debería hacerme es hasta qué punto la tortura ha afectado mi vida y la afecta todavía. Esta es la reflexión que siguió.

En 1972, cuando tenía veintitrés años, descubrí que tenía cuerpo. O descubrí que el cuerpo forma parte de mí, como si fuera un animal que me pertenece. Un hombre joven que siempre ha sido sano de pronto siente que el cuerpo no le responde. Es como si estuviera enfermo. Uno está dispuesto a cualquier cosa para aliviar el dolor de la enfermedad. ¿A cualquier cosa? Aquí comienza el problema. ¿Qué incluye «cualquier cosa» en la tortura? Entonces comienza un diálogo absurdo. La cabeza le dice al cuerpo, a su animal más amigo, que hay «algunas cosas» que a ella (a la cabeza) no le están permitidas para aplacar el sufrimiento del cuerpo. La cabeza reconoce que el cuerpo necesita descanso, necesita aplacar el dolor, pero que hay soluciones que no son aceptables. Entonces, la cabeza le pide al cuerpo un

1 Escritor. liscano.liscano49@gmail.com

esfuerzo más, una noche más en la tortura. Son dos: el cuerpo y el yo de ese cuerpo. El yo tiene razones que obligan a sacrificar al animal más propio.

En la tortura hay dos cuerpos, el del torturado y el del verdugo. Esos cuerpos se enfrentan, se tocan, se transmiten sus olores, las bocas gritan, hay llanto, quejido, insultos. Es una relación perversa que tiene algo de la relación erótica. El verdugo siente que el cuerpo del otro le pertenece y puede hacer con él lo que quiera. Ni siquiera considera mal que el cuerpo del otro se le resista. Está bien que lo haga. Para eso está él allí, el torturador, para exigir la entrega. Si no hay resistencia, no hay entrega.

El torturador quiere dominar el cuerpo del torturado. A conseguirlo aplica sus energías durante noches enteras, semanas, meses. La mentira del torturado es para el torturador el falso orgasmo. Cuando el torturador descubre que el otro le ha mentado, se indigna. El torturado no se le entregó, vale decir, no resistió de verdad, en algún punto cortó camino, simuló la entrega. Entonces vuelve a empezar donde habían quedado, pero con más rigor. Ahora exigirá que la entrega sea mayor que la que pedía antes. Llega un momento en que es notorio, aunque intrasmisible, que no es la entrega lo que el torturador busca, la declaración, sino el proceso que conduce a ella, la confrontación de los cuerpos. El torturador quiere la resistencia. Para el torturador, la boca cerrada del prisionero es el símbolo del cuerpo que no pudo conseguir pese a sus afanes. Cuando pasa el tiempo, el torturador no odia a quien no se le entregó. No se le entregó, pero dio la lucha. Le queda ese recuerdo, y hasta lo respeta. Quizá también lo admira.

Esto que acabo de decir, ¿cómo se cuenta? ¿Es posible contarlo? Cuando salí de la cárcel, yo no quería hablar de nada de lo que había ocurrido. Eso, según lo veía entonces, obedecía a dos motivos. Yo quería ser escritor, a secas, y no un expreso que escribía. A la vez, no quería aparecer como víctima. Yo no había sido víctima. Había sido reprimido por mis decisiones políticas. Pero también, y esto lo entendí años después, tenía una gran desconfianza en la palabra. A mí me obsesionaba la relación entre torturador y torturado. ¿Cómo se cuenta eso?

En la tortura se pone en discusión el lenguaje. El torturador pregunta. Eso es lenguaje. El torturado hace silencio o miente, que son dos formas del lenguaje. La tortura es el interrogatorio. Sin interrogatorio, no hay tortura. Hay castigo, sadismo, cualquier cosa, pero no tortura. El torturador quiere

conocer todo del torturado. Quiere conocer su historia, su vida íntima, sus sentimientos, sus ilusiones, sus creencias. Algunas noches, el torturador también cuenta su historia, sus sentimientos, sus creencias. Allí, en el interrogatorio, en ese diálogo de todas las noches, mientras los protagonistas construyen su tenebroso secreto, se define el lenguaje del futuro. ¿Cómo contará su experiencia el torturado cuando haya pasado mucho tiempo?

Una digresión. En 1996 comenzaba a hablarse en medios académicos uruguayos de estos asuntos. Estuve como oyente en una actividad en la Facultad de Ciencias Sociales en la que participaba Marcelo Viñar. Meses después hubo en la editorial Trilce una reunión de la que participamos, entre otros, Viñar y yo. En aquel momento, yo defendía, contra la opinión de Viñar, que de estos asuntos no debía hablarse porque, entendía yo, se transformaba en espectáculo un asunto que era privado, íntimo. Me parecía obsceno transformar el sufrimiento en espectáculo. Me llevaría cuatro años aceptar que la tortura no solamente es un asunto privado, íntimo, sino que también es colectivo, social.

EL RELATO IMPOSIBLE

Uno de los fines buscados en la tortura es el desprecio del torturado hacia sí mismo. La historia que algún día el torturado va a contar estará contagiada por la voz del torturador, por lo ocurrido aquellas noches, por lo dicho y no dicho en aquellos diálogos en los que el torturador le hacía ver al torturado que no valía nada, que era frágil, miserable, traidor, mentiroso, cobarde. Lo que uno cuenta será continuación de la tortura. Es una historia de dos contada por una sola voz, pero la voz que no cuenta está agazapada en la voz del que cuenta. El torturador quiere hacer hablar al torturado para que nunca más pueda hablar de la tortura. Cuando lo cuenta, el torturador estará presente en la historia que el torturado cuenta. Si no cuenta, la tortura se perpetuará en su cabeza. Si cuenta, la voz del torturador aparecerá en la historia contada.

Para el escritor hay, además, otras complejidades. Si no cuenta, deja de cumplir con una obligación social y moral. Si cuenta, lo hará desde su oficio, lo hará como profesional de la palabra y, al cabo, sentirá que está hablando por todos y que usurpa la intimidad ajena.

El escritor está atrapado: si no cuenta, no cumple; si cuenta, no puede dejar de hacerlo como profesional. El profesional organiza el relato, racionaliza una experiencia que, en esencia, es irreductible a cualquier narración. El único relato posible de la tortura, si existiera, sería inconexo, hecho de frases sueltas, fragmentario, con un lenguaje sucio, cargado de gritos y silencios.

Ese relato inconexo, lleno de silencios, de gritos, auténtico, es intransmisible. O, mejor dicho, es muy probable que no transmita nada inteligible, reproducible, comunicable. El relato racional, bien organizado, no puede escapar a lo ideológico, a los juicios de valor, a la historia de la cultura que está en el lenguaje. (¿La tortura es también parte de la cultura?). El oficio puede llegar a tergiversar la experiencia. Para empezar, porque se vale de formas literarias largamente elaboradas y, por tanto, contaminadas por la Historia y las tradiciones literarias. El relato racional también puede transformarse en relato continuo. Uno lo cuenta todo el tiempo, ante distintos oyentes o lectores, y al final, acaba no transmitiendo nada, con el agregado de sentir que está haciendo algo obsceno porque habla de su intimidad, la intimidad de su cuerpo, y reconoce que alguna vez dialogó con quien no debió haber dialogado nunca. La historia repetida se transforma en una fantasía elaborada treinta o cuarenta años después de la experiencia. ¿La verdad? Está en la verosimilitud del relato. Es decir, no es verdadero, sino verosímil, que es la condena de todo relato.

Hay quienes dicen que para superar la tortura, hay que contarla, organizarla, ponerla en el orden de los hechos de la propia vida. ¿Eso conduce al olvido? Contar para olvidar es sospechoso. Y contarse algo que uno no sabe si realmente fue así ¿qué es? ¿Se supera la tortura contando una historia? Imposible. La tortura queda donde estaba, donde siempre ha estado.

Para relatar es necesario ser testigo de uno mismo. Cosa imposible. Entonces, como hay un solo testigo «imposible», el relato cambia según los cambios que ocurren en la vida de quien cuenta. Así, la lucha vuelve al lenguaje, que fue donde empezó, en el interrogatorio, en aquel diálogo absurdo y atroz. Años, decenios buscando una voz capaz de usar un lenguaje no contaminado para acabar confundido y confundiendo.

Para contar historias, los artistas y los escritores tienen recursos que otros no dominan. Hay cuadros, películas, cuentos, novelas que cuentan

historias acerca de la represión y la tortura de modo excelente. Hasta donde conozco, no hay narrativa del diálogo entre torturador y torturado que logre resultados atendibles. Se puede contar historias de detenciones y hacer referencia a la relación entre torturador y torturado. Todos esos relatos fracasan cuando pretenden reproducir la relación entre el torturador y el torturado. Allí está el límite para quien cuenta desde dentro, es decir, para el torturado. Allí también está el límite para quien cuenta desde fuera, aquel que no fue torturado e intenta contar algo en base a historias que le contaron y a su imaginación. Los resultados son siempre ingenuos. Ningún torturado se sentirá reflejado en esas historias. Son obras ingenuas pero no inocuas: pretenden hacer creer que es narrable aquello que esencialmente no lo es. Vienen a decirnos: la tortura es contable. Algo que cualquier torturado sabe que no es cierto.

Contar sobre la tortura me produce fastidio conmigo mismo. No me refiero al hecho de hablar sobre golpes, crueldades, etcétera. Me refiero a contar la relación entre torturador y torturado, al diálogo que ocurre entre ambos durante noches y noches, semanas, meses. Uso a propósito la palabra *diálogo* porque me molesta reconocer que en esa relación pueda haberlo. Pero la relación existió y hubo diálogo, comunicación mediante palabras, gestos, actitudes.

Hay tres opciones. 1. No hablar más del asunto. Sería lo mejor y sería lo ético. 2. Uno puede ponerse a estudiar para exponer mejor su experiencia. Entonces, se transforma en un conferencista profesional sobre la tortura. 3. Uno puede ponerse a inventar. Entonces, se vuelve un mentiroso.

Si uno elige el silencio, asume la responsabilidad de no decir. Argumento a favor de esta actitud: la imposibilidad de nombrar. Para un escritor, esto es una paradoja. El escritor que fue torturado decide no contar nada sobre la tortura. Pero no puede dejar de contar algo (por eso es escritor). Así, todo lo que escribe es para eludir aquello sobre lo que no quiere hablar. Es un camino. De todos modos, no deja de sentir que está en deuda con su responsabilidad social.

Dos argumentos más a favor del silencio: uno siente la necesidad de preservar la intimidad. La obligación de contar, aun la obligación moral, puede ser una forma de coerción. O, de pronto, uno se da cuenta de que ya no puede hablar más porque no todo se puede decir. Siempre queda

algo que es indecible, y uno siente que si no puede decirlo todo, es mejor callarse. Nadie es transparente ni para sí mismo. Hay un centro oscuro y tenebroso, inaccesible, en la relación entre torturador y torturado, que es indecible. Intentar penetrar ese centro produce desequilibrio. Tal vez conduce a la muerte elegida. Dicho de otro modo: la experiencia de la tortura es un tenebroso secreto que sus protagonistas, torturador y torturado, se llevarán a la tumba.

Si el escritor decide contar su experiencia para evitar el olvido, y así cumplir con su obligación social, puede llegar el momento en que sienta que está reduciendo una historia colectiva intransmisible a formas narrativas espurias. Sentirá que está escribiendo un informe. También sentirá que está haciendo del dolor un espectáculo, transformando la intimidad en algo público. Todo es una falta de respeto a quienes padecieron la tortura.

El mejor relato estará sometido a la imprecisión de todo lenguaje y, además, será necesariamente una aproximación tosca o excesivamente elaborada. El lenguaje profesional, elaborado, de los escritores que han sido torturados, es de los que más se alejan del lenguaje en que los hechos debieran ser contados. Al contar, el escritor sabe que su relato es imposible.

El relato de la tortura es una parte de la tortura, su estadio último, quizás. El relato ya estaba en ciernes en el origen, en el momento en que la tortura ocurría, en los diálogos con el torturador. Si esto es así, la voz del torturador permanece agazapada en el relato del torturado y hace que cualquier testimonio sea espurio.

Por último, vuelvo al comienzo, a la pregunta de la hija de Gerson: con qué frecuencia pienso en la tortura. Durante años creí que nunca pensaba en la tortura. Desde que empecé a reflexionar por escrito sobre esa experiencia, sentí que la tortura estaba siempre presente, me hacía ser quien era, marcaba mi modo de ver la vida. Me marcó socialmente, que era lo que yo no quería, de ningún modo. Una vez que un escritor que fue torturado cuenta la experiencia por primera vez, queda obligado a seguir contando la misma historia. Porque el texto que quiere contar la tortura es siempre provisorio. El escritor, testigo imposible de sí mismo, siente y conoce la precariedad de lo escrito. Pasan años y su visión de lo ocurrido cambia, la reflexión le hace ver los hechos de otro modo y así, con ganas o sin ganas, volverá a contar lo mismo.

Hablar de algo que ocurrió hace 44 años ¿tiene sentido? Si alguien me hubiera hecho esta pregunta en 1972, le habría contestado que era absurdo pensar en hablar del asunto tantos años después. Es más, la pregunta me habría molestado. ¿A quién le iba a importar después de tanto tiempo? Pero, por sobre todo, yo siempre había creído que la tortura era un asunto íntimo y que su tratamiento debía ser recatado, no público. Tardé veintiocho años en empezar a escribir sobre la tortura y, por más que me disguste, sigo haciéndolo. Porque la pregunta, con o sin sentido, se presenta sola. Todavía, después de tantos años, sueño que estoy preso, que me van a torturar. Esos sueños me inquietan y me molestan porque me dicen que el relato, aunque yo no lo haga público, íntimamente, no tendrá fin. ♦

Descriptores: CUERPO / TORTURA / SILENCIO / INTIMIDAD / ESCRITURA

Keywords: BODY / TORTURE / SILENCE / INTIMACY / WRITING